

Estaba nevando. Todo, hasta donde alcanzaba la vista, estaba cubierto por una fina capa de color plata. Era como si alguien hubiera vestido la colina, el valle, los árboles y los campos de un blanco inmaculado.

Date Masamune, a pesar del penetrante frío, había decidido salir a disfrutar del paisaje en compañía de algunos de sus sirvientes. Sin perder tiempo, se dirigió a un pabellón situado sobre una colina en los campos del castillo que ofrecía una amplia vista de todo aquel pequeño feudo de Osaki.

En los últimos años, Masamune se había distinguido por el gran servicio que había prestado al país y por ser uno de los daimios más importantes del Japón de Ieyasu, el primer shogun Tokugawa, pero en aquella época Osaki era su única propiedad y sus ingresos anuales no superaban los cien mil kokus de arroz.

—¡Qué estampa tan bonita! ¡No hay nada que pueda compararse a un paisaje nevado! —exclamó desde el balcón del pabellón, cautivado por aquella belleza pura—. Dicen que la nieve augura un año fructífero. Cuando las cosechas son abundantes, grande es la alegría de la gente, y la paz y la prosperidad inundan todo el país.

Mientras el señor feudal continuaba con su soliloquio, Makabe Heishiro, el zouritori, esperaba fuera en silencio. Su trabajo era ajustar el calzado de su maestro, y no tenía nada que hacer hasta que volviera a salir del pabellón.

Heishiro, de repente, se dio cuenta de que los copos de nieve habían caído sobre el valioso calzado de su señor. Se apresuró a limpiarle con su propia manga, pero los copos seguían cayendo y los getas seguían cubriéndose de nieve.

—Esto no terminará nunca —se dijo a sí mismo—. El amo se niega a llevar calcetines incluso cuando hace mucho frío, porque lo considera una señal de afeminamiento; si pone sus pies desnudos sobre estos getas mojados, se resfriará. Tendré que mantenerlos templados y secos para él.

El buen chico, movido por su gran corazón, cogió los pesados zuecos de madera y los guardó dentro de su ropa, cerca del pecho, mientras seguía esperando pacientemente.

—¡Ya sale el señor!

Heishiro colocó el calzado junto al peldaño de la entrada justo antes de que las dobles puertas correderas se abrieran y Masamune apareciera con su porte joven y

arrogante.

El señor deslizó sus pies en los getas.

—¿Qué es esto?

¡Estaban templados! ¿Cómo podía ser, en un día tan frío? Solamente podía haber una explicación: ¡aquel sirviente patán había estado utilizando su calzado como asiento! ¡Era totalmente intolerable!

Furioso ante tal insulto, agarró al chico por el cuello y lo sacudió violentamente, exclamando mientras apretaba los dientes:

—¡Sinvergüenza! ¡Cómo te has atrevido a profanar mis getas sentándote encima! ¡Me has insultado groseramente a mis espaldas! Villano, toma esta...

Cogió uno de los zuecos que se había sacado y propinó un terrible golpe al chico en la frente, dejándolo aturdido y sangrando en el suelo. Luego le lanzó el otro geta y se dirigió al castillo descalzo, ya que estaba demasiado rabioso para esperar a que le trajeran otras sandalias.

Nadie se ocupó de Heishiro. A nadie le preocupó lo que le podría pasar. Permaneció un rato en el suelo, hasta que el frío le devolvió la consciencia y pudo, lentamente y con dificultad, ponerse en pie.

Cogió el geta con el que había sido golpeado y lo miró, entre lágrimas y con el rostro ensangrentado. Entonces, al recordar la injusticia que su amo había cometido con él, musitó:

—¡Qué arrogante puedes llegar a ser, Masamune! ¡Deberías pagar por ello! El vínculo entre nosotros como amo y vasallo se ha roto para siempre. He sido uno de tus sirvientes más humildes, ¡pero ahora no pararé hasta que me haya vengado de tu crueldad!

Heishiro volvió a guardar el geta en su pecho, aunque esta vez con una intención diferente, y comenzó a descender la colina por el lado más alejado del castillo, cojeando de dolor.

Desde aquel momento, el chico no tuvo otra idea en la cabeza que la de vengarse del arrogante noble que había abusado de su bondad. Pero Masamune era un daimio, pobre pero daimio, y Heishiro solo era un sirviente. Asesinarlo sería imposible, ya que Masamune estaba siempre rodeado por su escolta, incluso cuando dormía. Además era bastante fuerte. Tendría que recurrir a otro medio.

Solamente había dos personas de rango superior al daimio: el emperador y el shogun. Pero ¿cómo iba a conseguir alguien como Heishiro que una de estas dos importantes personas se enfrentara a Masamune? ¡Era algo totalmente absurdo!

En aquellos tiempos de guerra era fácil ascender después de efectuar alguna valerosa hazaña; con una lanza en la mano y un buen caballo podía conseguirse cualquier cosa. Pero Heishiro no era soldado y tenía poca fuerza física. Suspiró, admitiendo que no iba a poder conseguir su objetivo de aquel modo.

Entonces se le ocurrió una idea brillante. Recordó que cualquier persona, rica o pobre, humilde o poderosa, podía ser sacerdote. No existían distinciones respecto al origen para aspirar a ello, y un experimentado sacerdote con una reputación inmaculada podría incluso llegar a la corte imperial y ganarse la gracia del emperador. ¡Ya lo tenía!

Heishiro decidió convertirse en sacerdote y para ello fue a Kioto, donde se unió como discípulo al templo de Ungoji en Higashiyama. Pero la vida de un discípulo no era fácil. Antes de recibir el sacerdocio tendría que soportar todo tipo de ascetismos, abnegaciones y penitencias. Además, debería servir a sus superiores como esclavo, haciendo las tareas hogareñas bajo sus órdenes. Heishiro pasó una época muy dura. Cualquier hombre hubiera sucumbido y abandonado, pero Heishiro no lo hizo; ni un momento pensó en abandonar su objetivo. Estaba decidido a aguantar todas las humillaciones y todo el trabajo duro que le impusieran, pero era humano y, en ocasiones, su cuerpo y su alma flaqueaban. A veces pensaba que no iba a poder seguir soportándolo. En esos momentos se miraba al espejo y, contemplando la profunda cicatriz de su frente, se decía a sí mismo:

—¡Ten valor! ¡Recuerda a Masamune! Todavía no has terminado tu trabajo.

Entonces recuperaba la fuerza y la calma, y continuaba trabajando.

Poco a poco, Heishiro se ganó el favor de sus superiores y progresó en sus estudios. Al final llegó a la conclusión de que todo iría más rápido si se marchaba a otro templo y, ya que el Enryakuji del monte Hiei era el mayor y uno de los más renombrados en estudios sagrados de Japón, solicitó entrar en él y fue admitido sin esfuerzo.

Veinte años después, Joben, que era el nombre que Heishiro había tomado al asumir el sacerdocio, era conocido en todas partes por su erudición y su estricto cumplimiento de todos los preceptos de una vida austera y piadosa. Pero no estaba satisfecho. Todavía le quedaba mucho para llegar a obtener un cargo que llamara la atención del emperador. Tenía que subir aún más alto. Su objetivo era ser famoso en todo el mundo, así que decidió marcharse a China, fuente de todo el conocimiento y sabiduría.

Tan pronto como tuvo oportunidad navegó desde su país natal hasta el continente. Allí

estuvo diez años. Durante ese tiempo visitó varios templos famosos y adquirió conocimiento de varias fuentes. Al final, la fama de aquel viajero llegó a oídos del emperador chino, el cual le pidió audiencia y le otorgó amablemente el nombre de Issan Kasho Daizenji.

Joben había dejado su país para adquirir conocimientos, pero terminó siendo reconocido como el mejor teólogo de Japón.

Issan Kasho Daizenji regresó al templo de Ungoji, el templo de Kioto donde había comenzado su andadura. No sabía nada de Masamune desde hacía algunos años y estaba ansioso por descubrir qué había sido de él. Desgraciadamente, se enteró de que había subido peldaños en la sociedad y de que se había convertido en el señor del castillo de Sendai. En aquel entonces, era considerado uno de los hombres más importantes.

No solamente poseía un alto rango en la corte, sino también entre los daimios de la región nordeste. Incluso el shogun tenía que dirigirse a él con respeto. Todo aquello era irritante. El zenji decidió esperar el momento oportuno y actuar con cautela. Un movimiento en falso provocaría que sus años de trabajo no hubieran servido de nada.

Pero no tuvo que esperar demasiado.

El emperador enfermó, y su mal era tan grave que los mejores médicos no pudieron hacer nada. Los oficiales de mayor rango de la casa imperial se reunieron para discutir la situación y llegaron a la conclusión de que, ya que los métodos terrenales habían resultado inútiles, su única esperanza era recurrir a la religión.

¿A qué sacerdote, de buen carácter y amplios conocimientos, podrían confiar la vida del emperador?

Todos pronunciaron el mismo nombre:

—¡Issan Kasho Daisenji!

Llevaron al hombre a palacio rápidamente y le ordenaron que rezara a los Poderes Celestiales para que devolvieran la salud al paciente imperial.

Durante siete días y siete noches, el zenji se encerró en la Sala del Dragón Azul. Durante siete días y siete noches rezó para salvar la valiosa vida del emperador. Y sus plegarias fueron escuchadas. Al final el emperador se recuperó, y lo hizo tan rápidamente que toda la angustia a su alrededor desapareció por completo.

La gratitud de su Majestad no tenía límites. El sacerdote se había ganado la estima del emperador y, consecuentemente, todos los ministros y los cortesanos competían para

agasajar al favorito imperial. Fue nombrado Gran Sacerdote del templo Ungoji y recibió otro nombre, Ungo-Daizenji.

—¡Mis deseos están a punto de cumplirse! —pensó el sacerdote con júbilo—. Ahora solo tengo que encontrar una buena excusa para acusar a Masamune de alta traición.

Pero habían pasado más de treinta años desde que Makabe Heishiro, el humilde sirviente, había prometido vengarse del daimio Date Masamune. Durante este tiempo, se había dedicado con devoción al estudio de las sagradas escrituras y a su vida de ascetismo y meditación. Heishiro se había convertido en Ungo-Daizenji, un gran sacerdote. Sin darse cuenta, su carácter había sufrido un cambio radical. Su mente se había purificado y ahora era incapaz de sentir deseos de venganza. Cuando por fin había conseguido el poder, ya no quería ejercerlo.

—Odiar o intentar herir a alguien no es propio de un sacerdote —se dijo a sí mismo—. Los vientos de las pasiones solo molestan a los que se mueven por el laberinto del mundo secular. Cuando los ojos del espíritu de un hombre se abren, no existen ni el este ni el oeste, ni el norte ni el sur; solo son una ilusión. He odiado a Date durante treinta años en los que mi único objetivo ha sido la venganza, pero ahora he abierto los ojos. ¿Qué hubiera sido de mi vida si mi señor no me hubiera maltratado? Probablemente habría seguido siendo un sirviente. Pero mi señor tuvo la crueldad de golpearme con un geta sin preocuparse por descubrir si aquel castigo era merecido. Eso despertó mi ira, y juré vengarme. A causa de mi decisión me convertí en sacerdote, me esforcé en estudiar y me privé de muchas cosas, y al final he llegado a ser uno de los sacerdotes más influyentes del Imperio, y tanto príncipes como nobles se inclinan ante mí con reverencia. Si tengo que ser franco, he conseguido todo esto gracias al señor Date.

»En el pasado, Sakya Muni subió al monte Dantoku dando la espalda a todas las comodidades terrenales para servir como discípulo de Arara. Aunque era un príncipe, hacía todas las tareas que su amo le exigía a pesar de que siempre lo golpeaba con un bastón. “Es mortificante”, pensaba el príncipe, “que yo, que nací para el trono, no sea tratado como corresponde a mi rango”. Pero Sakya Muni era un hombre de espíritu indomable. Cuantas más humillaciones sufría más se aplicaba a sus estudios, y a la temprana edad de treinta años ya había aprendido todo lo que su maestro le podía enseñar y empezó a predicar él mismo, mostrando al mundo entero una de las religiones más importantes que han existido. Es cierto que el éxito de Sakya fue enorme, si no absoluto, gracias a que tuvo un severo e implacable maestro que no le permitió holgazanear.

»Jamás osaría comparar mi humilde persona con el fundador del budismo, pero no puedo negar el hecho de que el pabellón del castillo de Osaki fue mi propio monte Dantoku, y que aquella vieja geta fue mi bastón de Arara. Por lo tanto, debo guardar en mi corazón gratitud, y no venganza, hacia Masamune, porque fue su

desconsiderado acto lo que asentó las bases de mi prosperidad.

Y así fue cómo el buen sacerdote abandonó su antigua idea de venganza. Ahora miraba la geta ensangrentada con reverencia: durante el día le ofrecía flores y quemaba incienso, y por la noche rezaba fervientemente por la larga vida y felicidad de su viejo maestro, Date Masamune.

¿Y qué fue de Masamune?

Como hemos dicho antes, obtuvo grandes honores y se convirtió en un hombre importante para su país. A los sesenta y tres años se retiró de la vida pública para pasar sus últimos días en el castillo de Sendai. Allí decidió restaurar el famoso templo de Zuiganji, en Matsushima, que durante las revueltas civiles había caído en decadencia.

Masamune ordenó que restauraran el templo para que recuperara su esplendor de antaño y, una vez terminado, buscó a un sacerdote de amplios y profundos conocimientos para que se ocupara del lugar.

Durante una reunión, se dirigió a sus servidores con las siguientes palabras:

—Como ya sabéis, he reconstruido y decorado el cercano templo Zuiganji, pero sigue sin tener sacerdote. Desearía adjudicarlo a un hombre piadoso para que siguiera con sus antiguas tradiciones como sede religiosa. Decidme, ¿quién es el sacerdote más importante en la actualidad?

—Ungo Zenji, el sumo sacerdote del templo Ungoji de Kioto, es indudablemente el mejor —respondieron todos unánimemente.

Así que Masamune decidió ofrecer el puesto vacante a Ungo Daizenji pero, ya que era el favorito en la corte y disfrutaba de la confianza del emperador, era necesario informar a su Majestad antes que al sacerdote. Masamune presentó su petición como un favor personal. El emperador, que seguía teniendo afecto al respetado jubilado, aceptó de buen grado, y de esta manera Ungo Zenji fue nombrado director del templo Zuiganji en la bonita comarca de Matsushima.

Siete días después de su nombramiento, Masamune realizó una visita al Zuiganji y fue acomodado en una habitación para invitados del sacerdote que estaba libre en ese momento. Cuando entró en su alcoba se dio cuenta de que había un vieja geta sobre un valioso altar de adoración.

—¿Qué personaje célebre habrá usado ese geta? —se preguntó el sorprendido Masamune—. Aunque está claro que es totalmente inapropiado decorar una habitación con algo tan vulgar el día en el que se espera la visita de un daimio tan importante

como yo. De todas maneras, seguro que el sacerdote tiene alguna buena razón para haber hecho esto.

En ese momento se abrieron silenciosamente las puertas correderas y entró un anciano vestido de sacerdote con un pincel de pelo blanco en la mano. Tenía el rostro inexpresivo de un asceta y una llamativa cicatriz en la frente.

Ungo Zenji, que era aquel anciano, se sentó frente a su invitado. Colocó las palmas de las manos sobre el tatami y se inclinó varias veces en señal de respeto. Masamune le devolvió la reverencia. Cuando terminaron, el invitado no pudo seguir conteniendo su curiosidad.

—Su Reverencia ha aceptado venir a este insignificante lugar para hacerse cargo de nuestro templo, tal como le pedí —empezó diciendo—. Estoy profundamente impresionado por su bondad, y no sé cómo agradecerérselo. Soy un hombre sencillo y no tengo el don de la palabra. Pero, su Reverencia, hay dos cosas que me intrigan y, aunque no es educado ser tan inquisitivo en nuestro primer encuentro, ¿podría explicarme la razón por la que ha colocado un geta en la habitación? También siento curiosidad por su cicatriz, un rasgo inusual en alguien de su santidad.

Al escuchar estas palabras, pronunciadas con la impetuosidad que recordaba de Masamune en su juventud, el sacerdote sonrió ligeramente. A continuación, se dirigió hacia un extremo de la habitación.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo, cabizbajo—. No has cambiado nada, y eso me trae recuerdos del pasado.

—¡Qué cosas tan raras dice! ¿Cómo puedo recordarle el pasado si, que yo recuerde, nunca nos habíamos visto antes?

—Mi señor, tenga paciencia; ahora se lo explicaré todo —le contestó el sacerdote—. En aquellos días yo solo era un sirviente al que se conocía como Makabe Heishiro, alguien tan humilde que no es probable que lo recuerde. En aquella época, usted vivía en el castillo de Osaki.

Se detuvo un momento. Masamune, demasiado sorprendido para decir palabra alguna, siguió mirando fijamente a su antiguo sirviente como si estuviera intentando recordarle.

Ungo Zenji prosiguió con su historia, y relató con gran detalle todo lo que le había ocurrido desde aquel nevado día más de treinta años antes. Confesó que había estado actuando movido por su deseo de venganza y por la esperanza de volver a encontrarse algún día con su enemigo.

—Al final —terminó el sacerdote—, el emperador quedó tan satisfecho que me recompensó espléndidamente por mi servicio. «¡Ahora es mi momento!», pensé. Pero, para mi sorpresa, descubrí que ya no sentía deseos de venganza. Empecé a verlo todo con otra luz, y considerarle a usted mi benefactor. De no haber sido por usted, yo aún sería un sirviente. Mi odio se convirtió en gratitud, y mi deseo de venganza dio paso a un deseo sincero de larga vida y prosperidad. Rezo a diario para que algún día pueda, en menor o mayor medida, devolverle la inestimable ayuda que me prestó. Ahora comprenderá por qué valoro tanto ese geta, y por qué tengo esta cicatriz en la frente.

Masamune había escuchado el relato con gran atención. Al finalizar, se levantó y cogió las manos del sacerdote con delicadeza para llevarle de nuevo hasta el centro de la habitación.

—Su Reverencia —dijo con gran emoción—, lo que me acaba de contar me ha dejado sin palabras. Referente al incidente que acaba de citar, solamente puedo decir que recuerdo cuánto me enfadé debido a lo que, en mi arrogancia, consideré un insulto. No me extraña su deseo de venganza, pero me sorprende que renuncie a llevarla a cabo. Me ha demostrado que la religión no es algo abstracto, que no es algo sin sentido, como dicen algunos. Le pido humildemente perdón por mi ofensa, y le suplico que me acepte como uno de sus discípulos.

De esta manera Masamune, que tenía un carácter noble y honrado, se arrepintió del error que había cometido en su juventud, y el antiguo sirviente obtuvo una victoria mayor que la que habría conseguido si hubiera provocado en su enemigo una muerte vergonzosa.

Una cordial amistad surgió entre los dos, cuyo afecto siguió aumentando hasta que la muerte los separó. El sacerdote fue siempre bienvenido en el castillo, y Masamune continuó con sus estudios religiosos bajo la supervisión de Ungo Zenji.